

El extraño caso del diletante Gilbert Kaplan

Pablo Espinosa

Vivió una vida de película.

Gilbert Edmund Kaplan nació en Nueva York el 3 de marzo de 1941 y abandonó el cuerpo físico dos horas y media después de comenzar el año 2016.

Su hermano mayor, Joseph Brooks (nacido Joseph Kaplan y famoso como Joe Brooks o Joey Brooks), fue un compositor que hizo fortuna merced a su talento como inventor de melodías pegajosas de anuncios comerciales y música para Hollywood, donde fue multipremiado. Se suicidó en 2011 para no llegar al tribunal, donde sería juzgado por abuso sexual.

El padre de ellos tenía una espléndida voz de barítono y era fabricante de ropa y su madre, banquera, cortó los estudios del niño Gilbert porque tomaba clases de corno francés y piano pero se negaba a practicar los ejercicios diarios de solfeo, embocadura y habilidad digital sobre el teclado.

Así que fue a parar a la Duke University de Carolina del Norte, donde se graduó en economía.

Su talento lo convirtió en un lobo de Wall Street. Tenía 26 años cuando el magnate del whisky, Gerald Bronfman, le prescribió cien mil dólares para fundar la revista *Institutional Investor*, cuya magia y jiribilla le ganó el apodo de “la Vanity Fair de los inversionistas”.

A la manera de los cómics de Rico McPato, de inmediato hizo su primer millón de dólares.

Un buen día de 1965 le cambió la vida. Asistió a un ensayo de la American Symphony Orchestra. Leopold Stokowski lo hizo cimbrarse con la *Segunda Sinfonía Resurrección*, de Gustav Mahler.

“Yo entré a la sala como una persona y salí convertido en otra persona. Fue co-

mo si hubiera caído sobre mí una tormenta de relámpagos”.

Auferstehung, resurrección. Ese pasaje de la sinfonía lo atrapó de por vida.

Se propuso, de manera obsesiva, convertirse en director de orquesta solamente para dirigir en público esa obra.

En ese instante murió como lobo de Wall Street y resucitó como el más apasionado de los mahlerianos.

Gilbert Kaplan se obsesionó con esa sinfonía al punto de quemar sus naves en Wall Street y volver a estudiar música. Pero no toda la música, solamente la *Sinfonía Resurrección*, la única obra en todo su repertorio de por vida.

La sinfonía por la que Gilbert Kaplan se obsesionó nació a su vez de una obsesión.

Gustav Mahler escribió obras que oscilan de lo sublime a lo grotesco debido a sus dos obsesiones centrales: el amor, que expresaba en música de manera sublime, y la muerte, que manifestaba de manera grotesca. Eros y Thanatos exacerbados.

La génesis de su segunda sinfonía es su poema sinfónico *Totenfeier, Ritual fúnebre*, a partir de un texto del polaco Adam Mickiewicz, el poema dramático “Dziady”, que recoge una antigua festividad eslava para conmemorar a los muertos.

Totenfeier consistía en un solo movimiento, cuyo bosquejo mostró Mahler a su admirado Hans von Bülow, quien despotricó frente al autor de semejante sistema “antimusical”.

Pero Mahler, obsesivo, no cesó. Escribió otros tres movimientos hasta caer en aridez creativa.

Theodor Reik, asistente de Sigmund Freud, recogería años después de la visita que hizo Gustav Mahler al doctor Freud, algunos aspectos que tienen que ver con

el resultado final de la *Segunda Sinfonía*, en particular el malestar de Mahler por una melodía que se le había incrustado en la mente: una *haunting melody*, de la que en principio no ubicaba origen ni causa ni destino.

Una *haunting melody* es una tonada de esas que se nos meten a la cabeza y no la podemos sacar de ahí. Desconocemos su origen, así como su poder.

Theodor Reik logró desentrañar el origen de la melodía encantada que obsesionaba a Mahler: era un coro funerario, para no variar, del que Mahler se contagió durante el funeral de su maestro Hans von Bülow, cuyo texto es precisamente el *Auferstehung*, poema de Friedrich Gottlieb Klopstock, cuya esencia es la redención.

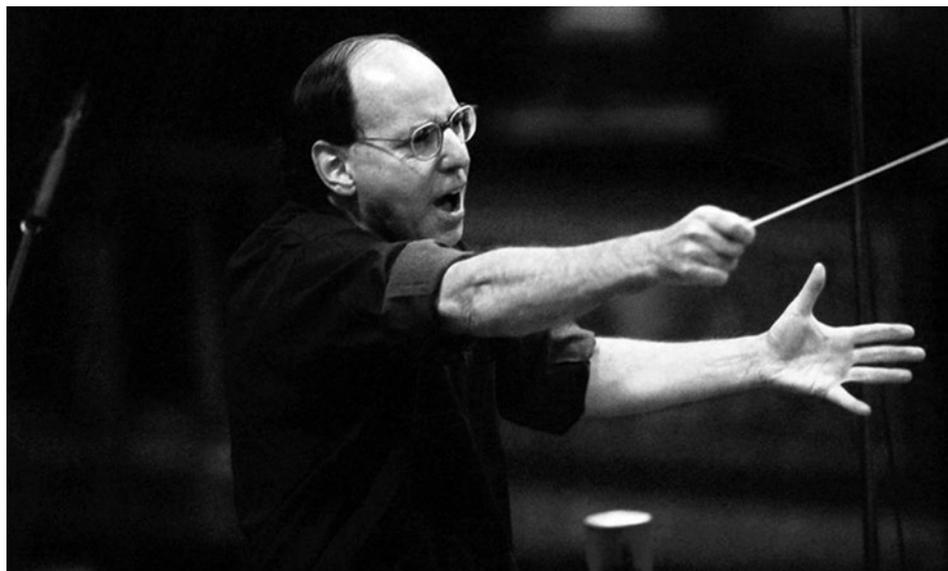
Por cierto, el diagnóstico de Freud en el caso Mahler: neurosis obsesiva.

El texto del *Auferstehung* fue el detonante de su *Segunda Sinfonía*, que conmueve profundamente al escucha y convierte la obra entera en un ritual de renovación.

Gilbert Kaplan recibió en su ser el *Auferstehung* como esa tormenta de relámpagos que describió. Los siguientes 17 años los dedicó a estudiar esa obra, con el auxilio de Charles Bornstein, asistente de Stokowski precisamente en la preparación de la *Segunda* de Mahler con la American Symphony Orchestra, elementos que estremecieron en relámpagos al magnate Kaplan.

Esa habilidad del millonario de Wall Street para conseguir las herramientas claves para su propósito, conformaron su polémica trayectoria en el exigente, caníbal mundo de la música de concierto.

Para muchos, Gilbert Kaplan es una farsa, un lobo de Wall Street que pagaba por tocar, un músico inventado gracias a



Gilbert Kaplan

su poder económico, capaz de comprar críticos de música, alquilar orquestas mediante donativos y las mejores salas de concierto a su disposición.

Para otros, es un referente mahleriano que se convirtió en imprescindible por lo mucho que aportó en el conocimiento de la obra de Mahler.

Su estrategia era impecable: ofrecía donativos a las orquestas, siempre necesitadas todas de recursos, y añadía a su currículum, una a una, las más prestigiadas del orbe.

La única orquesta que no cedió a sus requiebros fue la Filarmónica de Berlín, ante lo cual Kaplan atenuaba así: “Bueno, es que el maestro Simon Rattle, director de esa orquesta, interpreta la *Segunda* de Mahler de manera tan excelente que no hago falta ahí”.

El lobo de Wall Street utilizó sus habilidades adquiridas en el mundo del dinero para diseñar su fulgurante “carrera musical”.

Cuando se sintió listo para dirigir en público, en 1982, tomó como pretexto la celebración de su aniversario 15 como periodista, es decir, como director de la revista más exitosa de Wall Street, alquiló para la fiesta el Carnegie Hall y contrató a la American Symphony Orchestra. Es decir, fabricó la repetición de la epifanía que lo convirtió al mahlerianismo, pero ahora él como protagonista, al mando, sobre el podio, de manera similar a los sueños que Gustav Mahler contó a su psicoanalista: se soñaba dirigiendo a una or-

questa gigantesca, trepado en una escalera kilométrica y desde las alturas gobernaba la puesta en vida de su música, que quería fuera celestial.

En el clausulado del contrato con la orquesta se estipulaba que el concierto sería por una única ocasión y exclusivamente para sus 2 mil 800 amigos y colegas y no se haría publicidad.

Pero había letra chiquita y Gilbert Kaplan rompió el acuerdo olímpicamente. Coló entre sus invitados a dos críticos de música que publicaron sendos artículos elogiosos que hablaban del “nacimiento de una gran carrera musical”.

En contrapeso, los expertos mahlerianos tienen argumentos sólidos y objetivos: Gilbert Kaplan aportó elementos fundamentales para el entendimiento y glosa de la *Segunda* de Mahler.

Kaplan editó publicaciones muy valiosas musicológicamente hablando: “Cómo Mahler dirigía su *Segunda Sinfonía*”, “En una nota de Mahler, un mundo de significados”.

Su mayor aporte vino también de los caprichos del dinero. Compró el manuscrito, de plano, pero para compartirlo, no sin antes jactarse de que halló más de 300 errores en la primera edición, de manera que hizo una edición crítica con anotaciones suyas y la publicó.

El hecho fue celebrado por Tim Page, el gran crítico de música de *The New York Times*, en un artículo que publicó el 18 de mayo de 1986 y que inicia con una entrevista a Kaplan, quien responde:

“La publicación de este facsímil significa que por primera vez esta obra maestra puede ser estudiada fuera de los confines de las bibliotecas y los archivos. Para mí, también representa la culminación de una larga y personal búsqueda de las raíces de la *Segunda Sinfonía* de Gustav Mahler”.

La *Sinfonía Resurrección* dura unos 85 minutos e involucra a una orquesta de gran tamaño, al igual que gigantesco el coro, dos cantantes solistas, una soprano y una contralto, un órgano y un conjunto instrumental con instrumentos de metal y percusiones, ubicado fuera de escena y que aportan una atmósfera sobrecogedora y celestial.

El experto mahleriano Luis Pérez Sautó refiere esa experiencia inolvidable en la Sala Nezahualcóyotl, donde el mismísimo Gilbert Kaplan dirigió a la Sinfónica de Minería y ubicó a los músicos fuera de escena, en los pasillos y en la cámara acústica bajo el piso del escenario.

Aquella visita fue tan clamorosa como las incursiones de Kaplan en distintas ciudades del mundo, donde se invitaba mediante aportaciones, donaciones a las orquestas en turno. Se decía que llegó a la Ciudad de México en su jet privado y se movía en limusina.

Ese poder económico lo hizo poseedor del tesoro del manuscrito de Mahler, cuya trayectoria lo dotaba de pedigrí: al morir, el compositor dejó el autógrafo a su esposa, Alma Mahler, quien lo regaló al director de orquesta holandés Willem Mengelberg, amigo de Mahler y uno de sus principales difusores.

Al morir Mengelberg, la partitura estaba protegida mediante una fundación y era mostrada en un museo de La Haya. Kaplan la adquirió en 1984 y la dejó en depósito en la Biblioteca Pierpont Morgan, de Nueva York. La edición facsimilar que publicó incluye un prólogo de Kaplan y una meticulosa cronología de la composición hecha por Edward R. Reilly, máxima autoridad en los manuscritos de Mahler.

El *shopping* de Kaplan no se limitó al manuscrito. Regaló a su esposa, la diseñadora de interiores sueca Lena Börck, el único anillo que tuvo a bien Mahler de regalar a su mujer, Alma Mahler. Ah, Ka-

plan dirigió más de cincuenta veces con distintas orquestas en el mundo la *Segunda* de Mahler con una batuta que perteneció al compositor y también director de orquesta.

Gilbert Kaplan es quizás el único director de orquesta en el mundo cuyo repertorio se limita a una sola obra: la *Segunda* de Mahler, aunque dirigió también el *Adagietto* de la *Quinta Sinfonía* y algunos pasajes de Edward Elgar.

Gilbert Kaplan, como dijimos, quemó sus naves en Wall Street pero, habilidoso siempre, se mantuvo como editor en jefe de la revista que fundó y había vendido en 75 millones de dólares.

Polémico, tuvo enemigos pero también grandes amigos, como el gran director de orquesta húngaro sir Georg Solti, quien narra con exquisito humor: “Es un gran placer encontrar a un hombre de Wall Street con quien puedo hablar de música, porque cuando me reúno con mis colegas sólo hablamos de dinero”.

Si bien es uno de los más fascinantes, el caso de Gilbert Kaplan no es único.

Hay historias a mares en la historia del diletantismo musical, desde el relato de Miloš Forman en *Amadeus*, donde vemos a magnates interpretar torpemente las piezas que les acababa de entregar bajo pedido Mozart, hasta hombres de negocios que dejaron las finanzas para hacerse instrumentistas y encargar obras para violonchelo, como el caso del ingeniero y economista graduado en el Massachusetts Institute of Technology, Carlos Prieto Jacqué, quien estudió violonchelo desde los cuatro años de edad, o bien, batutas inventadas que parecen nuevas revelaciones, pero en realidad son producto de una estrategia similar a la que fundó Kaplan: alquilan salas y orquestas y se promueven en redes sociales, como un caso doméstico bastante conocido, también con admiradores y detractores.

Hay casos muy célebres, como el del también periodista, escritor, militar, político conservador, primer ministro del Reino Unido, Edward Heath, quien por cierto ayudó estratégicamente a Gilbert Kaplan a fabricar su carrera musical.

El señor Heath, a su vez, desarrolló intensa actividad como pianista, organista y

director de orquesta. Instaló un gran piano Steinway en el número 10 de Downing Street, de manera similar a como Sherlock Holmes, de la mano de sir Arthur Conan Doyle, tenía su violín para relajarse en su domicilio de 221B de Baker Street.

Edward Heath dirigió a la London Symphony Orchestra, a la Royal Philharmonic y a la English Chamber Orchestra, además de orquestas en Alemania y Estados Unidos, en distintas ocasiones.

En la residencia oficial del gobierno recibía a sus amigos Isaac Stern, Yehudi Menuhin y al Cuarteto Amadeus para hacer música, al igual que en Chequers, la casa de campo también oficial de gobierno, y grabó discos: el *Triple Concierto* de Beethoven y el *Concierto para violonchelo* de Boccherini.

Otro diletante célebre fue el canciller alemán Helmut Schmidt, también periodista (fue editor del semanario *Die Zeit*), quien grabó para la Deutsche Grammophon el *Concierto para cuatro pianos* de Bach con el pianista y director Christoph Eschenbach otros dos pianistas: Justus Frantz y Gerhard Oppitz, además del *Concierto para tres pianos* de Mozart (en la disquera EMI).

La estrategia de Gilbert Kaplan podía ser denostada, pero él no puede ser acusado de mentir en su entrega a una sola partitura en su vida. Cada vez que subía a algún podio importante, no cesaba de decir: “Soy un amateur”.

La primera parte de su vida fue un lobo de Wall Street. Su razón de ser en la segunda parte de su vida fue la *Segunda Sinfonía* de Mahler.

En octubre de 2015 le fue detectado un cáncer cuya agresividad lo consumió rápidamente, en menos de tres meses. A las 2:30 horas del primero de enero de 2016 abandonó el cuerpo físico.

Su *Resurrección* queda en los conciertos inolvidables que ofreció por el mundo, en su pasmosa, escalofriante manera de lograr detalles en la ejecución de esa obra con transparencia pasmosa y claridad en el discurso que pocos directores mahlerianos han logrado.

Todo eso queda también en los discos que dejó grabados y en la leyenda que forjó: el extraño caso del diletante Gilbert Kaplan. Un multimillonario que dedicó su vida y su fortuna a una sola obra en toda su vida.

La historia de una obsesión. **U**

